

Sol

Madrid, domingo 27 de mayo de 1923

LA LEY Y LA JUSTICIA

Sócrates en el Ateneo

El Ateneo de Madrid ha tenido la ingeniosa ocurrencia de llevar a su tabladillo a Critón y Sócrates, incorporados en intérpretes tan conspicuos como Enrique Borrás y Ruiz Tatay, en el diálogo platónico donde el viejo amigo y discípulo propone al viejo filósofo fugarse de la prisión en que espera la hora de beber la cicuta, y donde el reo rechaza por indigna la propuesta. Si el Ateneo ha querido ofrecer al auditorio un espectáculo de arte, es dudoso el acierto, porque con los escasos elementos dramáticos del diálogo—que es más bien un largo monólogo de Sócrates, interrumpido de tarde en tarde por algunas palabras monótonamente confirmativas de Critón, que sólo sirven para mantener la ficción del coloquio—no parece que sus bellezas ideales pudieran ganar nada con una representación escénica, por mucha excelencia con que se la interprete; por esto solo merecerían gratitud los dos ilustres actores del teatro Español, al aceptar la encarnación de unos caracteres que, por tratarse más bien de abstracciones intelectuales que de seres humanos, excluían toda brillantez personal. Mejor le van las tablas al Sócrates aristofanesco de *Las nubes*, aun con su perfil satírico, que el de Platón, pues éste le ha divinizado de tal modo, que ha hecho de él más un cerebro puro que un hombre concreto. Y es sabido que el teatro se aviene mal con los personajes ontológicos. Pero si el Ateneo se propuso recitar de viva voz una enseñanza de ética civil o política, también él merece agradecimiento, pues el tema del Critón es tan eterno como el hombre, y acaso no sea inopportuno que en estos días de confusión doctrinal se discutan sus conclusiones.

El Critón es, tal vez, el más falso de los diálogos platónicos, como suceso real y en cuanto a la actitud socrática en él sostenida. Jowet, el eminentísimo traductor de Platón al inglés, duda de la realidad de lo que en él se cuenta. "Platón", dice ironíamente, "no

que para él era mejor morir, se ha confirmado plenamente en su obra. La imagen de Sócrates agonizante debió servir, en supremo grado, a sus discípulos, como aún hoy, al cabo de los siglos, nos sirve a nosotros: como un rotundo testimonio de la grandeza del espíritu humano, del poder de la filosofía, de la invencibilidad de un alma piadosa, pura, que descansa en su claro convencimiento. Tenía que aparecer ante ellos, en aquel pleno esplendor en que se conserva por virtud de la mano maestra de Platón, como el guía inmutable de la vida íntima. Tenía que inflamar hasta el entusiasmo la admiración por el maestro, la emulación, la consagración a su filosofía. Con su muerte quedaron impresas su vida y sus disertaciones, con el sello de una verdad más elevada; la sublime calma, la venturosa alegría con que la aceptó fué la confirmación real de todas sus convicciones, el punto culminante de una larga vida dedicada a la sabiduría y a la virtud. No por ello crece el contenido de su doctrina; pero se fortalece infinitamente su eficacia, y tras haber esparcido en vida fecundas simientes, como ningún otro filósofo antes ni después que él, su muerte contribuyó poderosamente a que brotasen con brío en las cuelas socráticas".

Murió, pues, Sócrates por voluntad de morir, para seguir viviendo con creciente intensidad en la memoria de las generaciones venideras. No sólo no intentó evitar la sentencia de muerte, sino que provocó a sus jueces a dictarla, diciendo que sus supuestas culpas eran más bien servicios prestados a Atenas que le hacían digno de ser alojado en el Pítaneo. Lejos de exculparse, acusa a los jueces populares, los irrita aún más para que le condensen. Está animado en aquel punto de su gran longevidad por un mesiánico sentimiento de renuncia a la vida. En tales circunstancias, claro que había de ser pueril que Critón fuera a aconsejarle la fuga. Todos los indicios autorizan la hipótesis de que ese hecho

do haber inventado con facilidad más que eso." Lo probable es que Platón quisiera dar a la muerte de Sócrates una justificación objetiva, desinteresada, que, según todos los indicios, no convenció a los espectadores contemporáneos. Fué condenado a la pena capital por heterodoxo y por corruptor de la juventud. Ese fué el pretexto. Más bien se le sentenció a muerte, como dijo Esquines, por haber sido el maestro de Critias y otros oligarcas como Jenofonte y Carmides, y del demagogo Alcibiades; por inclinarse al fascismo de su tiempo, a una forma de gobierno anti-democrática, al mando de los supuestos competentes. Las causas de su persecución son complejas; Zeller, en su *Filosofía de los griegos*, las estudia todas con paciencia y documentación insuperables.

Pero por encima de las externas influencias políticas, morales y religiosas que determinaron su muerte, hay una causa íntima que acaso contribuyó más que ninguna otra a producirla. Fué su voluntad de morir. Todos los testimonios concuerdan en que Sócrates deseó la sentencia de muerte; por lo menos, nada hizo por evitarla. La aceptó como una forma de suicidio, para mejor perdurar después de muerto, como una "semilla" para sus discípulos. Apenas hizo nada por defenderse de los cargos lanzados contra él. Jenofonte dice que hubiera sido absuelto "si en cualquier grado de moderación se hubiera granjeado el favor de los dictistas", y el mismo afirma también que, según Hermógenes, amigo de Sócrates, éste no deseaba vivir. Tenía ya setenta años y adivinaba, con razón, que su muerte en aquel trance daría a sus doctrinas y su vida una inmortalidad que de otra manera tal vez no hubiesen logrado. Conocía profundamente, sagaz psicólogo de la Historia, la emoción religiosa que despierta en la Humanidad el hombre que sucumbe por un principio, en lucha con la sociedad de su tiempo. ¿Pero cómo hubiera obrado Sócrates, veinte, diez años antes, con más vigor físico y cuando su doctrina no estaba aún elaborada y difundida? He ahí un problema bien interesante. Mas su filosofía estaba ya conclusa y sólo necesitaba un remate o cúpula: la fecundación del sacrificio. He aquí cómo expresa esto, con magnífico lenguaje, Zeller, en el capítulo "El destino de Sócrates", de la obra antes mencionada:

"Lo que Sócrates dijo, con fe piadosa, después de su sentencia:

no ocurrió nunca, pues Critón—Esquines, según otros—tenía que conocerle demasiado para proponerle cosa tan contraria a su calculado holocausto. Y si aconteció, lo más verosímil es que la teoría del Critón la elaborase más tarde el autor del diálogo, en vez de ser una versión literal de las palabras de Sócrates.

Platón debió advertir que no es lo mismo ser muerto por la sociedad, en aras de un principio de conducta, que morir casi voluntariamente, en una especie de suicidio, por fatiga vital y anhelo de supervivencia. La muerte de Sócrates, con ser grandiosa, única en la Historia, hubiera perdido tal vez en valor moral a los ojos de los atenienses, siendo, no un sacrificio desinteresado, sino algo así como un acto de egoísmo trascendente. De ahí la tesis del Critón de preferir la muerte a la vida por respeto a la justicia histórica. Tesis profundamente conservadora que, si bien concorde con la tendencia aristocrática de Sócrates en materias de gobierno, pugnaba, en cambio, con la libertad sin límites de su espíritu. Pero así se realzaban los fundamentos objetivos, puramente civiles, de su muerte y se veía la actitud de sacrificio egoísta de la *Apología*. Así se esperaba, quizás, dar más solidez y difusión a sus doctrinas y a las de Platón mismo. La tesis es radicalmente falaz, porque quien procura evitar una injusticia no causa necesariamente un perjuicio a la justicia, sino todo lo contrario, del mismo modo que quien evita una enfermedad no necesita inferir ningún daño a la salud. Pero era la única que convenía a Platón y la única que podía prestar a su muerte la aureola de los grandes rectores de conciencias.

Mucho se ha discutido y se discutirá a lo largo de los siglos si Sócrates obró bien o no en no salvarse, primero ante el dicasterio, y luego en la cárcel, si fué cierto que pudo fugarse. En este punto, optó por la solución que daba al problema Shelley: que hizo bien en morir Sócrates (aunque sólo fuera como ejemplo de serenidad para los aterrados por la idea de la muerte), pero no en nombre de los sofismas que Platón pone en su boca. Porque la justicia inmanente no necesita coincidir siempre con las leyes positivas, y no hay idea de justicia que pueda autorizar suficientemente el derecho a matar a un hombre, por grandes sean sus crímenes.

LUIS ARAQUISTA.